

LA ARQUITECTURA POPULAR DE LA ALPUJARRA SEGÚN UN ESTUDIO POCO CONOCIDO

Lorenzo Cara Barrionuevo
Arqueólogo

El esfuerzo intelectual (y obviamente político) por vertebrar España a partir de la propia idiosincrasia de sus realidades particulares en un tiempo (II República) en que estas se esgrimían para obtener ventajas políticas y económicas, llevó a editar algunas interesantes monografías en las que se analizaban conjuntamente ciertos aspectos definitorios de estas supuestas esencias o hechos diferenciales.

Deudores todavía del regionalismo (que unificaba artificialmente en los límites administrativos actuales unas costumbres forzosamente tan diversas como las complejas relaciones que se establecieron en el pasado) y de cierta ancestrabilidad (que quería hacer perder en la noche de los tiempos hechos históricos, cuyo origen y función tenían, a veces, fecha y justificación precisas), estos trabajos supusieron un gran esfuerzo de síntesis y documentación.

Entre ellos destaca el libro de Carreras Candi¹ dedicado a la etnografía, a las artes y costumbres populares, a las esencias patrias de las patrias más o menos chicas, que ya entonces estaban desapareciendo progresivamente como desaparecían los modos de vida tradicionales que las sustentaban.

LA ALPUJARRA COMO ARQUITECTURA

No deja de ser significativo que entre los cientos de páginas de esta obra monumental sólo aparezcan referencias a La Alpujarra relativas a su arquitectura. El encargado de introducirnos en su conocimiento -y más exactamente en lo que se conocía en los años Treinta del siglo pasado sobre ella- fue el gran arquitecto-restaurador y arqueólogo Leopoldo Torres Balbás (1888 - 1960).

Con una formación en Historia del Arte, aunque plenamente convencido de la capacidad de la arqueología para estudiar las pequeñas o grandes muestras del pasado más desconocido, Torres Balbás se especializó en la restauración monumental y publicó numerosos trabajos sobre arte y arqueología «hispanomusulmana» por los que es internacionalmente conocido.

No es improbable que en sus largos años de estancia en Granada restaurando la Alhambra el autor recorriera la Comarca. Pero si tuvo ocasión de observar y tomar algunas notas, no realizó un estudio minucioso y específico de ellas. No obstante se aventura a confirmar un lugar común al proponer la identidad de las viviendas de las Hurdes y Las

¹ CARRERAS Y CANDI, F. *Folklore y costumbres de España*. Historia del folklore, Mitología ibérica, Labranza, El toreo español/La canción tradicional española, El baile y la danza, Vidrio, Folklore infantil/Gente de mar, La vivienda popular en España, Costumbres religiosas Casa Editorial Alberto Martín Barcelona 1º edic. 1931-1933 (2ª edic. 1934; 3ª edic. 1943-1946: Tip. Altés Barcelona) Tomo I: 608 pp.; Tomo II: 623 pp.; Tomo III: 705 pp. 4º. Historia y Folklore. Ilustrado con numerosos dibujos, láminas a color y grabados en b/n dentro y fuera del texto.



Órgiva. Vista parcial. Entrada a la ciudad por la carretera que procede de Albuñol

Alpujarras (siempre en plural) con las viviendas de montañeses del Magreb, un paralelismo que sólo viene a acentuar su carácter exótico y la vaga idea de ser el último refugio de los musulmanes en España.

¿Pero de qué Alpujarra trata nuestro autor? En realidad hace mención a una mínima parte de ella (en concreto a los pueblos comprendidos en las tahas de Órgiva, Poqueira, Ferreira y Jubiles). Apenas menciona al resto, más para excluirlos de un hipotético carácter alpujarreño de su arquitectura popular que para trazar sus líneas de convergencia.

No debe extrañarnos esta confusión geográfica, resultado del carácter «alpino» que cierta burguesía granadina logró imponer a la comarca como un zona montañosa, aislada y exótica, cuya visita era incómoda -si bien cada vez menos- pero, sobre todo, propia de espíritus intrépidos y aventureros. Sólo así se puede justificar la inclusión en la Comarca de una población como Jerez del Marquesado. Con ello introduce mayor confusión: «a pesar de pertenecer a las Alpujarras tiene un caserío cuyo aspecto general no se parece al de los pueblos de aquellas», nos dice Torres Balbás.

Este carácter etnográfico es evidente en las referencias al uso de la vivienda y a su «decoración», resultado de un modo de vida, pero también a las famosas pervivencias medievales nunca acabadas de explicar ante la clara ausencia (hasta fechas bien recientes) de un conocimiento real so-



bre este pasado, una visión del pasado en gran parte mítica y romántica del que algún día habrá que explicar su formación.

L. TORRES BALBÁS, «La vivienda popular en España». *Folklore y costumbres de España*, T. III; pp. 137-502, págs. 468 a 476.

LAS VIVIENDAS ALPUJARREÑAS².

La Alpujarra. - Entre la vertiente meridional de la Sierra Nevada y las de Gádor y la Contraviesa, cortadas las dos últimas casi a pico, a orillas del Mediterráneo, extiéndese una región geográfica bien limitada, conocida por la Alpujarra o las Alpujarras.

² Nota (268) Bibliografía: «Sierra Nevada, las Alpujarras y Guadix», Notas de viajes y apuntes, Madrid, 1908, y «La Alpujarra y Sierra Nevada», Madrid, 1906, excelentes relatos de viajes de Don Eduardo Soler y Pérez, con fotografías de don Leopoldo Soler y Pérez; Manuel Gómez Moreno Martínez, «De La Alpujarra», artículo en el diario *El Defensor de Granada*, de 11 de enero de 1896. Estos trabajos se aprovechan considerablemente, incluso copiando algunos párrafos, en las páginas siguientes, unidos a observaciones propias, realizadas en la región.

El compacto macizo de la Sierra Nevada forma una imponente muralla que la cierra a norte; al sur, la árida Contraviesa húndese bruscamente en el mar; las salidas naturales de la región son a poniente, hacia la vega de Granada, ya saliente, descendiendo al valle del río de Almería. Su situación de aislamiento bien definido, su altitud y relieve, separan esta pequeña región del resto de la Andalucía baja.

Antiguamente quedaba dentro de ella la parte oriental de la provincia de Almería, la de Berja y Adra, pues el litoral alpujarreño puede considerarse comprendido entre el cabo Sacratif y la punta de las Sentinas, costa brava, sin puerto ni ensenada alguna; pero en nuestros días no se acostumbra por las gentes del país a considerar esos pueblos almerienses como formando parte de la antigua comarca.

«Unánimemente todos los documentos posteriores a la Reconquista incluyen en las Alpuxarras las .taas: de Orgiba, Poqueyra, Ferreyra, el Jubeyel, Xubiles, Ugijjar, el Cehel y Zueyhel, Berja, Dalía, Andarax, Luchar, Boloduy y Marchena. A norte y sur tienen las Alpuxarras barreras infranqueables», como ya se ha dicho. «A poniente la línea de sus límites pasa entre los ríos de Lanjarón y Poqueyra, atraviesa el grande de Cádiar por más abajo de la vega de Orgiva y termina en el mar a levante de Motril, dejando dentro del Zueyhel las aldehuelas de Lújar, Jolúcar y Gualchos. En cuanto a los confines orientales, si bien se han perdido en las modernas divisiones políticas, manteniéndose en la eclesiástica del Arzobispado de Granada, coincidiendo puntualmente con la antigua civil. Las taas alpujarreñas de aquella parte eran las de Boloduy, Marchena y Dalía, y sus pueblos más avanzados los de Alboloduy, Santa Cruz, Alsodux, Alhabía, Terque, Alicún y Alhama; más abajo trepaba la linde por las estribaciones de la sierra de Gádor y fenecía en la punta de las Entinas, límite asignado por los Reyes Católicos a la jurisdicción de Granada».

«Es verosímil que Alpuxarra fuese primitivamente una ciudad ibérica, situada hacia Laujar o Berja. Arib, cronista árabe del siglo x y primero que consigna tal denominación, la aplica a la región montañosa que se extiende al SE. de la Sierra Nevada. En el siglo XII consta que sé restringía a la comarca de Berja, Adra, Alcolea, Andarax y Dalía».

Es tierra fragosa y quebrada, de profundos barrancos y ríos de fuerte pendiente y reducido caudal que, al llegar al mar, conviértense en anchas ramblas cubiertas de cantos rodados.

Presenta la Alpujarra, en pequeño, un compendio y resumen de las características geográficas de la Península. Hay en su breve extensión pueblos situados por encima de los 1.000 metros -Ferreira, Capileira (1451), Trevélez (1560)-; otros, de altitud media, como Ugijjar (600) y Orgiva (470), y algunos cercanos al mar o en su orilla, como Albuñol, Adra y Berja. Dase en ella desde la flora tropical-caña de azúcar y batata hasta la alpina en las cimas de la Sierra, pasando por los cultivos de la intermedia -nopal, pita, higuera, maíz, vid, olivo-. Junto a frondosos castaños y encinas vense pitas de aceradas puntas y nopales de palas tersas y espinosas». Desnudos de vegetación están los montes «salvo en el pequeño espacio que rodea cada pueblo, destinado a huertas, y algún otro de yerbas espon-táneas nacidas al amparo de una altitud considerable o al lado de algún río».

La parte alta es árida y pobre en vegetación. No hay árboles esparcidos por las pendientes; abundan los suelos de piedras o guijarros sueltos y las pizarras que le dan una tonalidad oscura, existiendo algunos prados; los arroyos son aprovechados por el labrador estableciendo acequias hasta dos mil metros de altitud, con las que riegan los campos de centeno de fuerte pendiente.

El terreno es quebradísimo: en lo hondo de los barrancos, al amparo del agua, crecen castaños, robles y matorrales. La atmósfera es diáfana y luminosa; el cielo purísimo, casi siempre sin nubes. El paisaje tiene tono oscuro; los caminos, malos senderos en los que es raro encontrar alma humana. Los pueblos están expuestos al mediodía y protegidos por los montes vecinos, con la que se atenúan mucho los rigores del frío.

Las cosechas que se recogen son las que permite un invierno de frío continuo y copiosas nevadas: centeno, maíz, judías y poco trigo.

El cultivo intensivo, por las fuertes pendientes, hácese en bancales escalonados, separados por cercas de piedras sueltas, aprovechando todas las superficies por insignificantes que sean. Esto mismo practican también en la comarca media, y en Orgiva, por ejemplo, hay numerosas huertas de tal sistema.

La parte media presenta el contraste característico de casi toda la península: lomas y ribazos áridos y secos, tierras estériles, y huertas fecundas, verdaderos oasis. Coséchase trigo, aceite y bastantes frutas, y en varios pueblos abundan los parrales escalonados y dispuestos según el siste-

ma almeriense. Crecen también algunos naranjos. Los pueblos asiéntanse en lo hondo de los valles, como Cádiar, o en las laderas a mediodía, como Soportújar, Notáez y Almegíjar. Su blanco caserío destácase sobre el fondo de castaños y huertas, cuando hay agua abundante encauzada en anchas acequias; cuando escasea más ésta, sobre el gris apagado de los olivos.

Pasó la Alpujarra a poder de los cristianos cuando la conquista de Granada. Vivían en ella numerosos moriscos dedicados a la agricultura, a la cría del gusano de seda y al cultivo de algunas industrias artística. De Jubiles, por ejemplo, dice Aben Aljatib, escritor árabe del siglo XIV, que era una mina de seda que parecía oro puro; florecía en aquel pueblo el arte del mueblaje y de la joyería; se tejían anchos y ricos velos para las mujeres y se fabricaban primorosos estrados³. En Andarax, según el Omari, escritor árabe del mismo siglo, alcanzó gran prosperidad la fabricación de cerámica, a causa de la excelente calidad de su arcilla, no encontrándose en todo el mundo alfarería de cocina tan perfecta. Cuando, después de rebelarse los moriscos en defensa de su independencia y religión, se les expulsó en 1569, parece que la despoblación fué total. Para aliviarla concediéronse considerables ventajas a los cristianos viejos que fueran a residir allí: viviendas, tierras, moreras, privilegios y exenciones. Acudieron principalmente castellanos: con gallegos, gente dura, poblóse la parte más alta e ingrata, fundándose pueblos a más de mil metros de altura, bautizados con los nombres, claramente galaicos, de Ferreira, Capileira, Pampaneira, etc. Hasta donde los descendientes de todas estas gentes allegadizas hállanse hoy fundidas con el carácter medio del habitante de la Andalucía baja, es cosa que no se ha intentado averiguar.

Las viviendas con terrado de launa. - Las viviendas con techo de launa son las típicas alpujarreñas, características de las partes media y alta, en las cuales todas tienen terrado, excepto las iglesias y algún raro edificio de persona acaudalada, cubierto con tejado. Se encuentran también en Orjiva en la parte más elevada y pobre de la villa, y en Ugíjar, restos sin duda de la antigua construcción. Estas villas fértiles de la zona media, rodeadas de huertas, debieron ir sustituyendo su caserío primitivo por otro menos modesto.

En los pueblos más pobres de las zonas alta y media, pero singularmente en la primera, las casas suelen tener una sola planta. Sus muros son de mampostería ordinaria, descubierta unas veces en algunos pueblos de suelo pizarroso que no tienen cal ni yeso, como Trevélez, o de tapial, como en Bubión y Poqueira, que carecen también de ellos; cuando los hay próximos, se guarnecen y encalan. En muchos utilizan como mortero una arcilla rojiza, ferruginosa, y los muros llegan a tener hasta setenta y cinco centímetros de espesor. En ellos ábreanse ventanas, protegidas algunas veces por rejas.

En las casas de piso alto suele dejarse una parte de la fachada a mediodía o toda ella cuando es estrecha por estar entre otros -abierta, formando una solana- en esta región se llama mirador de bastante profundidad, en la que se suele colgar el maíz, se ponen a secar los pimientos, etc. Aun se ven casas en las que queda abierta la parte inferior bajo el mirador y éste se apea en una tosca viga. Su antepecho es de mampostería o de losas recibidas con yeso; más raro es verlos de balaustres de madera; tampoco es muy frecuente que en los pisos altos haya balcones volados del mismo material. Cúbranse todas estas casas con terrados de muy poca inclinación, de los que sobresalen voluminosas chimeneas prismáticas, de mampostería.

Elevados los muros de la vivienda en construcción hasta la altura conveniente, se colocan vigas rollizas, es decir, sin escuadrar -de castaño en la zona alta y de álamo de ribera en la media apoyadas en los muros transversales. En donde hay cañizo, échase sobre las vigas y encima lajas, generalmente de pizarra, unidas con yeso; una capa de éste forma también alcatifa y suelo, en las dos plantas, aunque el pavimento de la baja, en los pueblos altos, puede ser también de negras losas de pizarra.

Para la cubierta de este piso alto, o del bajo si la casa no tiene más que una planta, colócanse vigas análogas-tres por vara-, cañizo también sobre ellas y encima, en la zona media, en la que suele abundar el monte, camas de volina, retama o el arbusto que allí existía; en la zona alta, lajas o losas de pizarra. Tanto sobre una como sobre otra extiéndese por último, cubriéndolo todo, una pasta de color pardo a la que llaman los naturales launa y que forma el suelo del terrado. Es una arcilla magnesiana, gris azulada, trabajada con agua, pro-

³ Nota (264) Francisco Javier Simonet. «Descripción del reino de Granada bajo la dominación de los nazarithas», Madrid, 1860.



Órgiva. Calle del Estanco. Destacan al fondo las airosas torres gemelas de la Iglesia Parroquial.



Soportújar. Vista general. Pintoresco lugar asentado en la pendiente del cerro del Caballo.

ducto de la descomposición de las pizarras, de la cual hay criaderos en las vertientes de los barrancos. Fortificada y endurecida a la intemperie, hácese relativamente impermeable.

Los aleros constrúyense de lajas de pizarra, colocadas horizontalmente y volando algo del plano de los muros. En edificios de menor importancia, como cuadras, suelen sustituirse por ramas de monte -volinas o retamas- que forman albardilla, avanzando algo con respecto al muro.

A los rayos solares los terrados de launa pierden su tonalidad oscura que se convierte en grisácea o, «si la neblina envuelve las casas, modificando el color de las cubiertas, parecen a distancia como tapadas por la nieve».

Cuando las casas tienen dos pisos -en la zona alta, por ejemplo, en Trevélez, pueblo rico en relación con los demás-, el inferior, medio soterrado por la pendiente, destínase a corral, establo y gallinero. En muchos de la zona media suele haber un corral al norte. La escalera, de mampostería y yeso, con peldaños muy altos como en toda la región granadina tradición musulmana-y mamperlanes de palos algunas veces, suele arrancar a distancia de la puerta de entrada y en dirección a la fachada, con lo cual queda resguardada de la curiosidad del que pasa por la calle. Los interiores son oscuros, a pesar de estar encaladas las paredes. Puertas y ventanas lábranse toscamente, de nogal o castaño, careciendo de cristales, sustituidos en los pueblos más altos por encerados de papel o tela. Faltan también los retretes. En las habitaciones amontó-

nanse rudos arcones de forma antigua, líos de ropa, aperos de labranza... Las sillas tienen asiento y respaldo de cuerdas de esparto, según el tipo general en todo el levante. Ponen una nota artística las brillantes y limpias piezas de azófar de la cocina, de amplia campana. Alúmbranse con velones en los pueblos altos.

Para las faenas agrícolas empléase un azadón puntiagudo, propio de comarcas en las que el terreno laborable es pedregoso.

Es curioso encontrar estos pueblos de casas con terrados a altitudes de 1.400 y 1.500 metros, en sitios en donde nieva frecuentemente en el invierno. La explicación que hoy dan los naturales es la falta de buena arcilla en el país para la fabricación de tejas, los grandes vientos huracanados y su escasa resistencia a las fuertes heladas. Sin embargo, la razón aparece perdida en la remota antigüedad que estas viviendas deben tener. Lo exótico y pegadizo, lo que allí se hizo en tiempos relativamente recientes y no responde a la tradición local, como la iglesia, cúbrese con tejado ordinario⁴.

A norte y oriente de la Alpujarra, bajando ya la sierra hacia la meseta de Guadix, encuéntranse pueblos de transición entre el carácter de los de aquella y de la Andalucía baja. Así tienen aún techos de launa algunas viviendas de Alquife y La Calahorra en el Marquesado del Cenete alternando con la cubierta de tejas, aunque no se ven ya aquellas en su capital, Jerez. Al noroeste, yendo desde Granada, los dos primeros pueblos en los que el caserío tiene techos de launa son Isbor y Lanjarón.

⁴ Nota (265) Aun hoy (1932), en los pueblos altos, incluso de la zona media y casi siempre con pésimos medios de comunicación, la teja hay que transportarla en caballerías, desde largas distancias.

El caserío distinguido. - El resto del caserío alpujarreño que forma los pueblos del litoral y la parte más considerable de los de la zona media parece ser extraño a la comarca y ofrece los mismos caracteres que el de la Andalucía baja. Casas con balcones sin aquella atractiva profusión de macetas floridas de Guadix, con puertas a la calle de toscos clavos, cuya mitad inferior ciérrase durante el día, con lo que se tiene luz dentro impidiéndose el acceso, abiertas por balcones y rematados con cubierta de teja curva.

En Orgiva y Ugíjar, villas de alguna importancia, se ven los caserones señoriales de tipo andaluz: anchas fachadas muy blancas, fuertes rejas en las ventanas bajas, balcones muy salientes en el piso alto, aleros volados. A veces, torre sencilla en los ángulos y un piso alto de arquillos seguidos. En el interior, patio con columnas toscanas y grandes estancias.

Los pueblos. - En los pueblos de la zona alta agrúpase el caserío con gran irregularidad en sitios de mucha pendiente, por lo que aparecen las viviendas como superpuestas y escalonadas, en grade-ría: el pavimento de unas está en el mismo plano que los terrados de launa de las inferiores. En Trevelez, por ejemplo, hay unos cien metros de desnivel entre las casas más altas y las que están en lo bajo del pueblo. Tal disposición hace que el terrado de cada vivienda sea lugar de esparcimiento de la familia que habita en la de más arriba y hasta alcance honores de plaza, pues en ellos se celebran los bailes populares, aprovechando la reunión de varios terrados al mismo nivel; un piso horizontal unido y sin guijarros, préstase admirablemente para ello y por entre las sólidas chimeneas bailan y retozan mozos y mozas en días de asueto. En algunos pueblos como Pampaneira, en los muretes que sirven de antepecho a los terrados y que son ex-

cepcionales, pues casi nunca existen en los demás, hay macetas y emparrados sostenidos por pilares, que prestan gran animación al caserío. Las casas tienen casi siempre su fachada al mediodía y en ella, en las de dos pisos, suele abrirse el mirador de que hemos hablado, que presta gracia y animación al conjunto del caserío.

Las calles son empinadas y desiguales, con rinconadas y salientes; a veces las casas avanzan sobre ellas formando pintorescos pasadizos cubiertos análogos a los que se encuentran en las villas argelinas del Mzab. Unas veces están empedrados con cantos o guijarros desiguales; otras, como en Trevelez, con pitaras puestas de canto.

Recapitulación. - En resumen, una región aislada geográficamente, poco poblada, de escasa riqueza, exclusivamente agrícola, en un extremo de la Península, de carácter francamente mediterráneo. Vida rústica, excepto en villas con pretensiones, como Ugíjar y Orgiva; casas de terrado de launa de remota tradición, y semejantes a otras que al otro lado del mar, encuéntrase en la región del Atlas africano, casas condicionadas por la naturaleza del suelo, pues allí donde no haya pizarra desaparece este tipo, la que es causa de su reducida limitación geográfica. Una lenta infiltración de la casa corriente, común al sur de España, que va sustituyendo a aquellas primitivas. Escasos y malos medios de comunicación que favorecen el aislamiento de la comarca. Pérdida casi total de la riqueza que los moriscos obtenían de la cría del gusano de seda y de las vides, con las que ha acabado, en marcha triunfante, la filoxera. Actualmente, en la zona media, en la que se han repoblado aún pocas vides, la riqueza agrícola consiste, a más de algunos cereales, en los olivos y almendros, estos últimos aumentando bastante en los últimos años.